

Se oye preparar las armas,
 Y una voz exclama: "¡¡Fuego!!"....
 La Historia, en la hirviente sangre
 Empapó llorosa el dedo,
 Y en los fastos de Calleja
 Escribió "Tres de Febrero."

GUILLERMO PRIETO.



AYALA Y SUS DOS HIJOS.

En apartado aposento
 De la hacienda de Temilpa,
 En limpio catre de lona
 Y tras de blancas cortinas,
 Está don Francisco Ayala,
 Presa de fiebre maligna,
 Luchando por levantarse
 Para perseguir realistas.
 Al verle mudo é inerte,
 ¿Quién pensara, quién diría
 Que era el mismo que tremendo
 Blandió su espada temida
 En Mapaxtlán, destrozando
 A las fuerzas enemigas?
 ¿Quién que era el rayo terrible
 Que en Nenecuilco teñida
 Dejó en sangre la vereda
 Que le abrió su espada invicta?
 Triste se halla y silencioso,
 Con dos hijos que le cuidan,
 Y con cuatro amigos fieles
 Que componen su familia.
 De pronto se abre una puerta,
 Y una voz despavorida.
 Con tono inquieto de alarma
 Y muy temblorosa, grita:
 "Alto, señor don Francisco,
 "Señor don Francisco, arriba,

"Que aquí llegan los de Armijo
 "Sedientos de vuestra vida,
 "Como el Cura Matamcros,
 "Os transmitió la noticia."
 Don Francisco, levantando
 La cabeza, en voz tranquila,
 "Bien, aquí los esperamos,"
 Indiferente replica, . . .
 Y se viste, y sosegado
 Por una ventana mira.
 "¡Hola! vienen los de Armijo
 "Con infernal vocería."
 Ayala cierra las puertas,
 Las refuerza y fortifica,
 Y denodado y ardiente
 Para la lucha se alista.
 Corriendo llega la tropa,
 A España gritando vivas,
 Y la lucha que comienza
 Por momentos se encarniza.
 Vése Ayala, cual leona
 Con sus cachorros, y herida,
 Presa de feroz jauría,
 Que acomete y se retira,
 Dejando rastros de sangre,
 Tras de cada tentativa.
 Ayala mira á sus plantas,
 Luchando con su agonía,
 Dos de sus fieles amigos
 Que quieren luchar y espiran.
 La furia crece, las puertas
 Crujen, despidiendo astillas;
 Ayala alienta á sus hijos
 Y fijándoles la vista,
 Advierte que con su sangre
 Ambos perdieron las vidas.
 A ellos apunta furioso,
 Sólo un amigo tenía,
 Y se levantaba erguido,
 Como en bravo mar se mira

Alzándose la bandera
 De una nave ya perdida.
 Por fin, queda solo Ayala,
 Y así temerario lidia.
 Falta á sus armas el parque;
 La espada empuña con ira. . . .
 En esto ceden las puertas,
 La tropa se precipita,
 Y al héroe ciñen cordeles,
 Le ultrajan y martirizan.
 Armijo marcha contento
 Con una presa tan rica,
 Y de San Juan en el pueblo
 Que con Yautepec colinda,
 Tras de belicosa farsa
 Al prisionero fusila,
 Y manda que su cabeza
 Quede a un árbol suspendida,
 Y también las de sus hijos
 Que le forman compañía.
 Y así, al resoplar el viento,
 Las cabezas se movían
 Cual buscándose; las gentes
 Abandonaban la vía,
 Signándose, y maldiciendo
 A los feroces realistas.

GUILLERMO PRIETO.



LOS INDIOS DE MEXCALA.

En medio al mar de Chapala,
Mar olvidado en la tierra,
Mar huérfano, coronado
De pueblos y sementeras,
Está la isla de Mexcala,
Tan graciosa y tan esbelta
Como la fábula pinta
Las seductoras Nereidas.
Si la acarician las brisas,
Las blandas olas la besan,
Y orgullosa se levanta
Dominando las tormentas,
Desde su peana de rocas
Que entre las olas descuella.
Allí, á su modo, los indios
Proclaman su independencia,
Y á sus fieros opresores
Invencibles escarmientan.
Herido Cruz en su orgullo,
En Guadalajara' ordena
Que á los indios mexcaleros
Se haga furibunda guerra.
Ya se disponen valientes,
Ya embarcaciones se aprestan,
Ya el estampido del trueno
Horror y venganzas siembra.

Linares surca las aguas,
 Frente de Mexcala llegan,
 Y la isla triste, de pronto
 Se mira como desierta;
 Mas de repente, en las aguas,
 Voces humanas resuenan,
 Y canoas numerosas
 Que van de gente repletas,
 A las tropas españolas,
 Anonadan y escarmientan.
 Tiñese de sangre el agua,
 La horrible matanza arrecia,
 Y cuando alumbra un sol nuevo,
 No halla del desastre huella.
 Cruz, que supo la derrota,
 Brama como herida fiera,
 Y un papel manda á los indios
 Que es de muerte su sentencia:
 Allí les reprocha airado,
 Allí amaga, allí condena,
 Y concluye con decirles,
 En ira ardiendo y soberbia:
 "Si no os sometéis humildes,
 "Si me negáis obediencia,
 "Veréis correr mucha sangre,
 "Y esa será sangre vuestra."
 Atentos oyen los indios
 La filípica tremenda,
 E instados á que respondan,
 El que la palabra lleva
 Responde con grande calma
 Y con expedita lengua:
 "Señor, que corra la sangre,
 "Al fin y al cabo es la nuestra."

GUILLERMO PRIETO.



TRUJANO.

En el rancho de la Virgen,
 De Tepeaca á media legua,
 Aislado y como perdido,
 En las llanuras inmensas,
 Está Valerio Trujano
 Esforzando su defensa.
 Le acometió Samaniego
 Con cuatuplicada fuerza;
 Pero él, que para la lucha
 Sus enemigos no cuenta,
 Resiste, mata y destroza,
 Redoblando su entereza.
 Veinte horas, y más de veinte,
 Dura la lucha sangrienta,
 Hasta que al fin Samaniego,
 Con el alma de ira ciega,
 Por todas partes el rancho
 Con combustibles incendia.
 La lid sigue entre las llamas,
 Y de humo entre nubes densas,
 Se oyen hondos alaridos
 De los que heridos se queman.
 Se hunden tronando los techos
 Y se desgajan las piedras
 Los cuerpos de moribundos
 Con lienzos de pared ruedan.
 Trujano, entre los horrores
 De la catástrofe, impera,

Sereno, terrible, agosto,
 Del valor con la grandeza.
 Al fin las llamas se extienden,
 Al fin, el fuego se arrecia,
 Y la asfixia diezma gente,
 Que muere, y no en la pelea. . .
 "Salgamos," dice Trujano,
 Al derrumbarse una puerta;
 Y entre llamas y entre escombros,
 Arrollando cuanto encuentra,
 Como torrente de lava
 Cuando igneo volcán revienta,
 Se precipita Trujano
 Venciendo la resistencia;
 Y cuando más empeñados
 Sus enemigos le cercan,
 Vió que se quedaba su hijo
 De las llamas siendo presa.
 Se vuelve, entonces le hieren,
 Sigue peleando pie á tierra,
 Y á herirle tornan de nuevo,
 Y por rehuchar se esfuerza.
 Su sangre corre á torrentes,
 Vacila un punto y flaquea,
 Y viéndole derribado
 La furiosa soldadesca,
 Su cadáver despedaza
 Y con sus restos se ceba.

Así pereció Trujano,
 De heroísmo dando pruebas,
 Y así orgullosa la Patria
 Su memoria recomienda,
 Para que de otras edades,
 Modelo y ejemplo sea.

GUILLERMO PRIETO.



EL FUERTE DEL SOMBRERO

Tras de asaltos espantosos
 Y tras de choques sangrientos,
 Liñan ordena que sitien
 Ese Fuerte del Sombrero,
 Amparado por fantasmas,
 Defendido por espectros.
 Del hambre se oye en la sombra
 Discurrir el esqueleto,
 Y la sed á la demencia
 Abandona el campamento.
 Veneno corre en el aire
 Con el hedor de los muertos,
 Y las madres á sus hijos.
 Tienen sin vida á sus pechos.
 Mas cada vez que el realista
 Osado nutre sus fuegos,
 Se revive el entusiasmo
 Retumba en el Fuerte el trueno,
 Y los de Liñan se alejan.
 Llenos de horror y despecho;
 Mas como buque averiado
 Poco á poco váse hundiendo,
 Aunque marinos audaces
 Hagan hercúleos esfuerzos.
 Mina logra una salida,
 Grandes peligros venciendo,
 Para conducir socorros,

Con temerario denuedo.
 Queda Young mandando el Fuerte,
 Que es heróico caballero:
 Liñan dispone el salto
 Con las furias del infierno.
 Corre la sangre á torrentes,
 Alza su llama el incendio;
 A Young arranca una bomba
 La faz de sobre del cuello.
 En un momento terrible,
 En un momento supremo,
 Hay torrentes de peñascos,
 Hay proyectiles de muertos,
 Hay escenas que conturban
 Y espantan al mismo infierno:
 Liñan dispone el asalto
 Y su triunfo le da miedo,
 Porque es su triunfo entre escombros
 Y entre despojos sangrientos.
 Humillado, furibundo,
 De sí mismo sin respeto,
 Manda fusilar heridos,
 Que al sepulcro van contentos,
 A los fieros vencedores
 Al espirar maldiciendo.

GUILLERMO PRIETO.



LA TOMA DE LA ROQUETA

1

Aun del sitio de Cuautla resonaban
 En nuestros aires los gloriosos ecos,
 Cuando ya de Acapulco en la bahía
 Atacaba el castllo de San Diego,
 Aquel campeón invicto, que la historia
 Designa con orgullo, el gran Morelos.
 Tras rudo batallar, la ciudad bella
 Que á ese fuerte llevaba mil refuerzos,
 Sujeta está á la voz de aquel caudillo
 Que siempre tuvo de la gloria el cetro;
 Mas se levantan á pesar de todo,
 Del castillo los muros altaneros;
 Porque á su defensor buques hispanos
 Prodigan municiones y alimentos.

.....
 Sobre una alfombra de tupida grama,
 Bajo el azul del esplendente cielo,
 Junto al mar, rumoroso, que las costas
 Tranquilo con su espuma va lamiendo,
 Están los hombres que en su mente fraguan
 De futuras victorias, cien proyectos.
 Es de la libertad fulgente rayo,
 Morelos, de esos hombres el primero;
 Galeana es el segundo, el que llevaba
 El triunfo siempre en su cortante acero.
 Y pensando el caudillo en la manera
 De tomar ese fuerte gigantesco,

"Es necesario, dice, al enemigo
 "Más estrecharlo con terrible asedio,
 "Impidiendo la entrada de Acapulco
 "Con el cañón de fulgurante trueno.
 "No lejos de las playas se levanta,
 "Cual de granito formidable espectro,
 "Abrupto islote que domina altivo
 "De la rada la boca con sus fuegos.
 "Vé Galeana; tomando ese peñasco,
 "perderán la esperanza los iberos,
 "Y aislados ya del mar y de la tierra
 "La bocana y el fuerte serán nuestros.
 "Del islote en la cumbre, los laureles
 "Entrelazan coronas para aquellos
 "Que el triunfo obtengan en la cruda lucha
 "Que contra los realistas sostenemos."
 —"Iré, señor—responde á esas palabras,
 "Galeana Hermenegildo, el gran guerrero;
 "Si no logro rendir ese peñasco,
 "Para mí el sol no lucirá de nuevo."

II

Aspera y triste peña que salvaje
 La mar soberbia sin cesar azota,
 Enhiesta se levanta, circuida
 Por las revueltas aguas bramadoras.
 Por uno de los flancos, se percibe
 Una ancha quiebra de ascensión penosa
 Desde la cual la rada de Acapulco
 Guardada está por huestes españolas;
 Y por el otro, inabordable, altiva,
 Se eleva vertical la aguda roca.
 En sus escasas y cortadas grietas,
 Sólo anidan alciones y gaviotas,
 Que espantadas sacuden su plumaje
 Cuando la espuma de la mar lo moja
 Con su tridente; á veces conmoviendo
 El dios del mar, las agitadas ondas,
 Con ronco rebramar, las precipita
 Contra el muro infranqueable, temblorosas;
 Y estrellando esas aguas turbulentas.

En penachos de espuma las transforma,
 Que al deshacerse en lluvia de diamantes
 Con su ardiente fulgor el sol colora.

.....
 La Roqueta es el nombre de esa peña
 Que natura defiende con las olas
 Y que hacia el flanco del declive abrupto,
 Custodian del cañon las negras bocas!
 Tal es el agrio islote que Galeana
 Con un puñado de hombres tomar osa:
 No tiene naves, pero tiene un pecho
 Que valeroso siempre todo arrostra.

III

Siniestras nubes que del cielo inmenso
 oscurecen la faz, al ir volando
 Cual fantasmas negríssimos se mecen
 De la Roqueta sobre el pico helado.
 Pasa rugiendo el huracán terrible,
 Y al chocar contra el muro del peñasco,
 Convoca los furores de Neptuno
 Que el devorante fuego reta airado.
 Su antorcha entonces la borrasca enciende,
 Y alumbra temblorosa y á intervalos,
 Lívida luz, que en medio de las sombras
 Marca la roca con perfiles vagos.
 Ruge la mar, alzándose en montañas,
 Y silba el huracán, y truena el rayo:
 Mientras tres barcas silenciosas vuelan
 Hacia el islote inaccesible y bravo

.....
 Al fulgor del relámpago que surca
 Plomizas nubes cual un ígneo arado
 Junto á la abrupta roca donde tiene
 El terror su aposento solitario;
 Aquellas barcas sin cesar oscilan
 Con el vaivén horrible del océano.
 Sobre ellas, con las aguas luchan hombres
 Que á los titanes tienen por hermanos,
 Y que acaudillan dos audaces géneos,
 Que dejan solo glorias á su paso.

Son los Galeanas... A la roca llegan,
Intentando un ascenso sobrehumano,
A la empinada cresta del islote
Donde estrella sus ráfagas el Austro,
Para caer después cual avalancha,
Que arrastra todo con empuje raudo,
Envolviendo á las tropas de la cuesta
En fuego, sangre, destrucción y espanto.

IV

Las manos adheridas á la roca,
Los pies desnudos sobre frágil barca,
La pistola sujeta á la cintura
Y entre los dientes la cortante espada;
Tal al pié de la peña rudo atleta
Forma el primer peldaño de una escala;
Sobre el erguido cuerpo de ese hombre,
Otro titán, grandioso se levanta,
Y otro sobre él mientras las ondas rugen
Y brilla el luminar de la borrasca;
Los ensordece el trueno de los rayos
El huracán terrible los ataca,
Los elementos todos los persiguen,
Mas... ¿quién al genio un "hasta aquí" le marca?

¡Mirad!... Sobre esa escala portentosa
Que hacen temblar las ondas encrespadas,
Firme y tranquilo un hombre va subiendo,
De cuyos ojos se desprenden llamas:
Ya está en la cresta de la aguda roca
Como águila caudal en su morada;
Mientras siguen subiendo otros atletas
Que el pico sin temor raudos alcanzan.
Pablo Galeana, el joven más gallardo,
Vigoroso tras ellos luego avanza,
Sin temblor en el pecho de diamante,
Toca el frágil peldaño con la planta;
Mas..... cuando llega al último, las ondas
Rudas agitan la escalera humana;
Tiembla con fuerza, y en seguida el vértigo
Con un ¡ay! al océano un hombre lanza.

El apuesto mancebo, bruscamente
Logra subir al fin.....Mas ¡suerte aciaga!
Roto ya de su cuerpo el equilibrio
Cae hacia el flanco, despeñado baja:
Pero al llegar al campamento ibero,
Cual un meteoro que cayendo estalla;
El espanto difunde por do quiera,
Con audacia gritando..... ¡Galeana!
Entretanto, el valiente Hermenegildo
Renueva esa subida, no igualada,
Lanzando luego, cual tonantes rayos
Bravos campeones de certeras armas:
Entonces!..... tiembla el corazón ibero,
Y rinde sin valor la fuerte plaza!

Enmudeció la voz de los cañones,
Se deshizo la lluvia de las balas,
Se extinguieron los gritos del combate,
La inexpugnable roca está tomada;
Pero aún suena rugiente entre las nubes
De los fuegos celestes la descarga.
Y el himno gigantesco de los héroes,
Que dieron cima á la grandiosa hazaña,
Lo entona el mar con armoniosos tumbos
Y el viento con el silbo de sus alas.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



¡ABORDAJE!

I

Azulado cristal do se retrata
La faz inmensa del profundo cielo,
Parece el mar bajo el fulmíneo dardo
Del sol que vierte calcinante fuego.
Nada turba su calma: los alciones
Que van cruzando con destino incierto,
Apenas dejan en las tibias ondas
Un surco blanquecino con el pecho.
Besan las brisas agitando ledas
La superficie de ese lago inmenso,
Y tan sólo despiertan mansas olas
Con su ardoroso, apasiodado beso.
No entolda el horizonte ni una bruma,
Y el sol semeja en el espacio extenso,
Un haz devorador de vivas llamas
Que va en el agua sin cesar huyendo.
Sobre el cielo dibújase orgulloso,
Surgiendo de la mar, cual un espectro,
La Roqueta, ese islote que Galeana
Marcó de su heroísmo con el sello.
Contra él las aguas al morir, se visten
Con niveo encaje en su verdoso lecho,
Y al alejarse, destrozados lirios
Forma la espuma que se va perdiendo.
Del océano, apenas el murmullo.
El salto juguetón de pez travieso,

Y el graznar de los pájaros marinos,
 Que van cortando el aire con su vuelo,
 Son las notas perdidas que interrumpen
 Ese imponente, abrumador sosiego.
 De vez en cuando, las inmensas alas
 Que apenas mueve fatigado el viento
 Arrugan la argentada superficie,
 Trayendo de Acapulco el clamoreo;
 Mas todo ya descansa cobijado
 Por el augusto azul del firmamento.
 Esa insondable bóveda y el ancho
 Majestuoso océano gigantesco
 Serán testigos del heroico triunfo
 Del más grande soldado de Morelos.

II

Sobre el pico agrietado de una roca,
 En la mano derecha un catalejo,
 La izquierda sobre el pomo de la espada,
 Suelos, flotando al aire los cabellos,
 Y la mirada penetrante hundida
 En el confin del líquido elemento;
 Así Galeana, junto al mar dormido,
 Siente en el fondo del audaz cerebro,
 Teniendo á su redor profunda calma,
 Rugir la tempestad de cien proyectos.
 De pronto su mirada centellea:
 Es que en el horizonte, allá á lo lejos,
 Ve destacarse sobre la honda pura,
 Como un punto no más, perdido objeto.
 Lentamente se acorta la distancia,
 Y á medida que el punto va creciendo,
 Parece sobre el mar copo de nieve
 Que en las olas deslízase ligero.

.....
 Altiva nave, con tajante proa
 Desde confin remoto el agua hendiendo
 Envuelta con el traje vaporoso
 De henchidas velas, sobre el mar sereno,
 Alada y orgullosa va cruzando
 Cual impalpable niebla por el suelo;

Y en su camino, polvo de brillantes
 Circuye su ancho y majestuoso seno,
 Dejando tras de sí fulgentes huellas
 Sobre el sonante y dilatado espejo.....
 Ya llega, ya está aquí, y hasta las costas
 Manda un turbión de juguetones ecos,
 Mientras que al soplo de la brisa leda
 Ostenta altiva el pabellón ibero.....
 Galeana lo contempla, y en la mente,
 Al sentir de mil glorias el recuerdo,
 Se agitan atrevidos y grandiosos
 Huracanes de nobles pensamientos.
 Sabe que en la sentina de ese barco
 Hacinados se encuentran mil refuerzos
 Que darán resistencia y energía
 A los que están á España defendiendo;
 Y recuerda en seguida el desamparo
 De sus bravos y heroicos compañeros:
 Sus trajes... en girones por las balas
 O por el rudo tiempo caen deshechos;
 Sólo á costa de míseros trabajos
 Consiguen negro pan, como sustento,
 Y no esgrimen otra arma en las batallas
 Que su indomable y sin igual denuedo.
 ¡Si pudiera arrancar al buque hispano,
 Para auxiliar al insurgente diestro
 Ese tesoro que en la airosa nave
 Confiado vela el rudo marinero!
 Pero para luchar sobre las ondas
 Aunque tiene la audacia de los genios,
 La falta contra el hijo de la Iberia,
 Un nadante corcel para vencerlo.
 Mas siente en su interior rauda potencia,
 Cuando llega á su audaz entendimiento
 La convicción de que, si amante guía
 La santa libertad su fuerte acero,
 Nada podrá humillarlo!.. Si terrible
 Le lanza el mar su furibundo reto,
 Sabrá á sus pies postrarlo..... bajo el sacro
 De independencia pabellón excelso

Tras tentativa, aunque frustrada, heroica
 Para hacerse por fin del buque dueño,
 Tenaz siempre el campeón en su demanda,
 Piensa dar cima á su atrevido intento.

.....
 Dormida está la mar; su faz serena,
 Inmóvil cual la faz de los desiertos,
 Apenas se estremece cuando el aire,
 Leve al pasar, aleteando inquieto,
 Despierta olas fugaces, voluptuosas,
 Desiñechas en seguida por el sueño.
 Tras el crespón brillante de las nubes,
 Como envuelta la luna en casto velo,
 Sorprende del océano y de las brisas
 Los amores, los cándidos secretos,
 Y escucha en el murmullo de las ondas
 Suspiros, y sollozos y requiebros.
 ¡Todo duerme!... mas ¡ved!.... Blanco fantasma
 Que se eleva oscilando cual soberbio
 Girón de airosa y refulgente nube,
 Pasease sobre el mar..... Es el velero,
 El barco osado que á San Diego trae
 Armas y municiones y alimentos.

.....
 De pronto, en lontananza se percibe,
 Rasgando al fin el pertinaz silencio,
 Acompasado sobre la onda, el golpe
 De cautelosos y lejanos remos.
 El agua que en el choque se levanta
 Salpicando de gotas al remero,
 Circunda con sus copos espumantes
 Tres veloces y audaces barquichuelos.
 Con su vaivén las ondas los empujan,
 Los van hacia la nave conduciendo,
 Y Galeana y sus bravos se adelantan
 Sobre esos toscos, miserables leños.

Ya están junto al bajel, iluminados
 De la pólvora al rápido destello,
 Y gozosos escuchan sus oídos
 El son marcial de repetido trueno.
 Lluvia de fuego devorante cae,
 Entre gritos salvajes y lamentos,
 Y se apaga el rumor del océano
 Entre el bronco luchar de los guerreros.
 Mas..... al par que la muerte roba osada
 A los heridos el postrer aliento,
 Rudas escalas á la esbelta nave
 Lanza veloz el insurgente experto.
 ¡Ved!.... por la frágil movediza cuerda,
 El hacha de abordaje entre los dedos,
 El valor y la audacia en el semblante,
 Tibia sangre gloriosa sobre el cuerpo;
 Tal con terrible, asolador empuje
 Galeana y sus valientes van subiendo.....
 Ya arriba están, y brillan las espadas,
 Cadáveres dejando en su trayecto,
 En tanto que los gritos y los ayes
 Se confunden al choque de los hierros.
 Entre charcas sangrientas, desplomados
 Los moribundos hombres caen envueltos,
 Y á la paz..... el vapor de la matanza,
 Hasta Marte se eleva como incienso.

.....
 Pasando van las horas, y en seguida,
 Tras la borrasca del combate fiero,
 Aléjanse las notas asordantes
 Del anterior y pavóroso estruendo.
 Entre rojizas y pesadas olas
 De despojos informes y siniestros,
 Triunfadora nuestra águila aletea
 Del valiente español sobre los restos;
 Y asombrada la mar..... con su voz sorda
 Va proclamando los heroicos hechos.



LA RENDICION DE S. DIEGO

I

Despuntando va el sol: su veste de oro
Ya se tiende radiante hasta el Ocaso,
Mientras se esconden tímidas las negras
Sombras que tiemblan en el hondo espacio.
Como turba de ninfas juguetonas,
Del oriente se acercan al regazo
Las nubes pudorosas, que sintiendo
Del astro rey el fuego apasionado,
Se inclinan por mirarle y se coloran
Con la luz nacarada del topacio.
En su cuna está el sol; pero muy pronto
Ascendiendo á la esfera, irá dejando,
Muerta la noche en el copudo bosque
Bajo el ardiente esplendoroso dardo.
La undosa mar le espera; soñolienta
Se remece en su lecho con desmayo,
En tanto que traspone majestuoso
La cortina de montes azulados
El luminar que por doquier difunde
Nueva vida, del Ande hasta el Océano.
Surge de entre las ondas, en la Costa,
Al ascender la luz que va arrancando
A la noche su imperio silencioso
Y su ondulante ennegrecido manto,
De San Diego el castillo inexpugnable,
Como un coloso, junto al mar postrado.

Aún en su frente agítase el ibero
 Pabellón, como agítase el penacho
 De adalid indomable. Vela siempre,
 La fortaleza altiva vigilando,
 El atrevido Vélez, que la guarda
 Contra Morelos, quien cual sol airado,
 Dejó de la opresión la triste noche
 Muerta por fin bajo su ardiente rayo.

II

Al nacer la mañana, sobre el muro
 Del torreón del fuerte, reclinado,
 Los ojos en la playa cenicienta,
 Los cabellos al aire, entre las manos
 El ocioso fusil; así se encuentra
 Vélez, en el futuro meditando.
 Ayer el fuerte recibió sonriendo,
 Y sin temor por él, velaba ufano
 Porque ilusión creyó que el enemigo
 Siquiera se acercara á disputarlo.
 ¿No era señor del puerto de Acapulco,
 Con sus fuegos la costa dominando?
 ¿No el fuerte que se eleva en la bahía
 Le prestaba su apoyo, y no en el vasto
 Piélago hundiendo su atrevida planta
 La Roqueta, encontrábase acechando
 El momento propicio para aleve
 Mandar al insurgente inmenso estrago?
 Mas ¡ah! ¿de qué aprovechan ni qué pueden
 Los formidables dientes acerados
 Y las garras del tigre carnicero,
 Que muerte, horror y sangre va sembrando,
 Si surgen de la sacra independencia
 Los poderosos genios soberanos?

 Pronto los fuertes muros de Acapulco
 Que de San Diego al pie véanse elevados,
 Cayeron á las plantas de Morelos,

Como al centro del sol, precipitado
 El meteoro brillador que boga
 Del universo en el profundo arcano.
 Después.... mirad.... El bravo Galeana
 Se acerca á la Roqueta.... llega raudo,
 Y desgarrá en la cresta del islote
 El pabellón altivo del hispano;
 Y así cual desaparecen las neblinas
 Con el rayo del sol hechas pedazos,
 Vánse extinguiendo ya de los realistas
 El poder y la gloria; y vacilando
 Se agita Vélez, silencioso y triste,
 Muerta su fe tras rudo desengaño:
 Con miedo siente el corazón; no encuentra
 La playa salvadora en el naufragio.....
 Va á rendirse por fin, y en el rugido
 Del mar que rueda misterioso y tardo,
 Piensa escuchar la voz del héroe insigne
 Que es orgullo del pueblo mexicano.

III

Adormecido el viento, apenas leve
 Se estremece muy quedo, muy pausado,
 En tanto que la mar se estrella sorda
 Contra las peñas, con lamento vago.
 Azul como el ensueño de un poeta
 El firmamento está; y el vívido astro
 Tras un manto de nubes ha escondido
 Su llameante faz, al fin cansado:
 De árida costa en la sinuosa playa
 El castillo se encuentra, y con halago
 Las aguas reflejándose en su seno,
 Le retratan altivo y sosegado.
 Las torres, las almenas, do la lluvia
 Dejó verdosa lama, y donde ufano
 El pájaro del mar fabricó el nido,
 Orgullosas se elevan, y enfilados
 Esperan los cañones desde el muro

Enviar la destrucción al mar y al llano.
 Todo, al mediar el sol en su camino,
 En la Costa descansa aletargado....
 El alto cielo en imponente calma
 Se está en el mar profundo retratando.
 Mas ¿qué rumor insólito se escucha
 De San Diego á la entrada?... Prosternado
 Ante el noble Morelos de rodillas,
 Vélez entrega su bastón de mando.....
 Torvo el semblante, la mirada triste,
 Temblorosas las frases en los lábios.
 Tras él sus compañeros silenciosos,
 En apretadas filas apiñados,
 Encuéntrase también..... Vueltas las armas
 Con el cañón en tierra.... Mientras tanto
 Ya apenas piensa en el presente triunfo
 El semidiós de Cuautla.... A nuevos campos
 Dirige ya su mente, nuevos planes
 Y otros insignes triunfos preparando.....
Alta la faz ¿qué busca su mirada,
 Al hundirse en el piélago salado,
 Mientras se rinde ante él la fortaleza
 Tanto tiempo invencible?..... Va buscando
 En la grandeza de ese mar inmenso
 La que anhela llevar al suelo caro,
 Por quien dió vida y paz, queriendo hacerlo
 Libre como el condor americano.
 Y pensando en la lucha el gran patriota,
 De la victoria olvídase.... Admirado
 El viento se despierta, y al mecerse,
 La frente del atleta va besando.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



La batalla de Chichihualco.

I.

Corriendo va por la llanura el río,
 Retrata el liquidámbar perfumado,
 Y semeja la espada de un coloso,
 Olvidada en el monte solitario.
 Desde lo alto domina el regio cielo
 La cresta azul y el bosque enmarañado,
 Y escucha el aire que confunde dulce
 Con aire y hojas su doliente canto.
 Entre las olas que nadando pasan,
 Avanzó su raíz amante un árbol;
 Pero contra él las olas se retuercen
 Como las crenchas de los genios malos
 Mas valle y bosque, hasta el sereno ambiente
 Bajo el cielo del trópico incendiado,
 Todo se postra, se desmaya: el río
 Perezoso se arrastra tropezando,
 La palmera se dobla con molición,
 Camina el tigre con rendido paso,
 Y apenas en los montes convecinos
 Altaneros sacuden su penacho,
 Los pinares al soplo de los vientos
 Que van y vienen, sin cesar errando.
 Es la hora del sopor; por eso vuela,
 Como hoja de oro en el tranquilo espacio,
 El colibrí, volviéndose á su nido
 Donde claman sus hijos adorados;

Y por eso en las aguas ríen y juegan,
De las pasadas luchas descansando,
Los hombres de Galeana, mientras viene
La hora lejana del combate ansiado.

Son guerreros del genio de los libres,
De Morelos, rival del Océano,
Porque como él se eleva hasta los cielos
Si por la Libertad se alza luchando.

Y ahora, conducidos por Galeana,
Esperan al titán en Chichihualco,
Para volar con él á los combates,
Las huestes destrozar, y erguir ufanos
La tienda del patriota y su bandera,
Donde estuvo el palacio del menguado.....

Pero en tanto descansan y se olvidan
Del peligro de ayer, mientras sus lazos
Descuelga bajo el ala de los aires
El choromo flotante y enarcado.

Oyen ronco gritar al carpintero,
Entre la fronda colosal volando,
Y miran al caimán que allá á lo lejos
Se arrastra junto á la onda con trabajo.

II

Pero ¿por qué de pronto se conturban
Y abandonan los juegos y el descanso?
¿Por qué se agrupan todos? ¿Por qué nadan
Y se acercan veloces al ribazo?

La impaciencia se pinta en su semblante,
Abrense más sus ojos agitados;
¡Cómo cortan las olas! ¡Cuál se mueve
Entre las aguas su nervudo brazo!

Es que.... ¡mirad! Se asema Galeana
En la margen la fronda desgarrando.....
¡Ved su faz de león! melena de oro,
Trémula y crespada en el luchar amado.

—“Compañeros; profiere,—los realistas
“Acaban de llegar, y en un asalto

“Han sorprendido al pueblo, han sorprendido
“A los amigos, todos; ¡descuidados!”.....

Y su frase temblaba con la ira,
Y tropezaba en su tonante labio.

—“Vamos pronto, mis bravos, mis guerreros,
“Sobre el cruel enemigo al fin caigamos,
“Como el águila cae sobre su presa,
“Con sus garras terribles destrozando.

“El pueblo ya tomaron; pero siempre
“Nuestro Dios á los libres ha ayudado,
“Y dejaremos limpio de “chaquetas”.....
“No el pueblo, sino el mundo americano.”

Los guerreros se agitan; invectivas
Lanzan al enemigo, y flameando
En su negra pupila el heroísmo
En la playa por fin desembarcaron.

Habla el jefe: los héroes ya lo siguen;
Ni se visten siquiera..... denodados,
Van á arrojar al enemigo odioso
O á morir redimiendo á sus hermanos.

III

Tal como el huracán que todo humilla
Los patriotas al pueblo van llegando,
Y al verlos.... sorprendidos los realistas
En desorden se agrupan, azorados.

.....
El combate empezó: chocan las armas,
Flota la nube blanca del disparo.....
¡Ay del que caiga!... ¡Que el cincel de Efdias
Esculpa audaz aquél horrible cuadro!.....

Aquél muro ceñido de realistas;
Los fusiles tendidos disparando;
Y revueltos los bravos combatientes,
Como las olas del torrente hinchado,
Disputando iracundos en las calles
Un pedazo de tierra, palmo á palmo.

Como el clamor de un pájaro agorero
Se cierne un grito en el confuso campo:

Es el grito de guerra de Galeana
Que entre ayes y alaridos va flotando.

Allí el caudillo está: la sién altiva,
Glorioso... con el traje desgarrado....
La vista ardiendo. En lo alto su machete
Doquiera sangre y sangre goteando.....

Vibra su voz; se agitan sus cabellos;
Y en tanto, como el leño, de un hachazo,
Rueda junto á él un hombre, mientras bate
Sordo á lo lejos el tambor hispano.

Sigue la lucha: los realistas dejan
Sangriento surco en medio á sus contrarios,
Y esgrimiendo cual masas sus pistola;
Doquier destrozan palpitantes cráneos.

¡Pero mirad! De pronto tempestuosos
Los ginetes por fin llegan de Bravo:
Un blanco remolino los envuelve;
Se estrechan, se confunden apiñados.
Aquél, encabritado el noble bruto,
Rueda por fin bajo los duros cascos;
Y, herido del terror la crín convulsa,
E hinchada la nariz, vuela el caballo.

¡Cómo caen los guerreros! Tembloroso
El tambor del realista está doblando,
Y se agitan doquiera los patriotas,
¡Combatientes de bronce ensangrentados!.....

¡Ah, la columna del realista cede:
Libre por fin la plaza va dejando,
Y el muro tapizado de enemigos
Parece derrumbarse desolado.....

Lívidos y temblando los iberos
Heridos van por el desierto llano;
El fusil han dejado en el camino
Y comprimen la sangre con las manos.
¡Ya se van! ¡ya se van! Como las hojas
Cuando sienten las ráfagas del Austro.....
¡Es la voz de los libres!... Y convulsos
Los vestidos se arrancan espantados.

.....

Clama en tanto el guerrero moribundo;
Y se ciernen los buitres en lo alto;
Y devoran los perros el banquete
Del señor de las guerras, inhumano!

IV

Ya es de noche: se encorva como un mónstruo
Altivo y mudo en el ambiente vago,
El firmamento sobre el valle, el río,
Y el bosque, que se inclina murmurando.

Y mientras que en los nidos aletea
El ave errante con sentido halago;
En tanto que el raudal entre el follaje
Sigue á los aires sin cesar hablando;
Se encienden junto al lecho de las olas
Hogueras gigantescas: inflamado
Parece el manantial; rojas espiras
Se enredan en los vientos sosegados,
Como sierpes que silban ó que cantan,
Mil azules pupilas agitando.

Y allí los insurgentes, bajo el bosque
La victoria celebran, y embargados
Repiten á la esposa y á los hijos,
Que en la raíz se sientan palpitando,
Porque la patria al fin se yergue altiva
Y libre extiende su amoroso manto.

Aquél atleta de brillantes ojos,
Y de negro cabello alborotado,
Aquél de tez bronceada, que inconsciente
En el agua mil hojas ve regando,
Recita ardiente á su adorada virgen
La historia sin igual del gran Hidalgo:

Paseando juntos van; le escucha atenta,
Y le enlaza su mano con su mano,
E impulsada por místico respeto
Pronuncia el nombre de Morelos ¡santo!

Mientras..... allá desgárrase la entraña
Del mónstruo de los cielos encorvado,

Y el cuchillo de plata de la luna
Cortante cruza por el cielo vasto.

Ella es la enamorada de lo grande:
Y por eso en los montes encumbrados,
Entre la fronda del pinar altivo,
Donde ronco el raudal está bramando,
Se complace en fingir tras el follaje
El rostro de Morelos, inspirado,
En su ojo pensador, su lábio ardiente,
Y en la anchurosa sién, al aire ondeando
Aquél pañuelo, que amorosos vieron
Por tantas veces los tenientes bravos!

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



La entrevista de Iturbide y Guerrero.

I

Con desgarrados vestidos,
El pie desnudo en el suelo,
Y como en vellones toscos
A los ojos los cabellos;
Al hombro viejos fusiles,
Calcinados de hacer fuego;
Pero orgullosos, audaces,
Agiles como resueltos,
Caminan á Teloloapam
Los soldados de Guerrero.
No tienen galas ni dijes,
Pero sí piel como hierro
Que el sol con su viva llama
Acaricia lisonjero,
Tornando pechos y brazos
Como plumaje de cuervos.
Mas tesoros de virtudes,
Encerraban esos cuerpos:
En la tremenda campaña,
¡Qué inquebrantable ardimiento!
Para sufrir infortunios,
¡Qué grandeza y qué desprecio!